

Razones cívicas para abstenerse

Héctor Gutiérrez Sánchez

Doctor en ciencia social con mención en Sociología por El Colegio de México

Maestría en Ciencias Sociales, Universidad Autónoma de Querétaro.

ciudadanohector@yahoo.com.mx

Introducción.

Este trabajo presenta el resultado de una investigación cualitativa sobre la relación entre el abstencionismo y desencanto político. Se inicia con una exposición teórica en la que se revisan los avances y posturas que intentan explicar el abstencionismo, de esta manera se llega a la necesidad de buscar nuevas líneas explicativas, por lo que se mira hacia el desencanto como posible causa. Sin embargo, no hay evidencia empírica que apoye en el México contemporáneo una correlación entre abstencionismo y desencanto, además, los mecanismos que unen ambos elementos son poco claros en la mayoría de los casos. Con esto en mente, se realizaron una serie de entrevistas cualitativo-comprensivas, encontrándose que sí hay relación entre abstencionismo y desencanto, igualmente, se encontraron los mecanismos de esta vinculación.

Explicando el abstencionismo.

El estudio del voto y en particular de la dupla participación/abstencionismo no es algo inherentemente importante o al menos no siempre tiene la misma relevancia. Existe entre la comunidad académica-intelectual una cierta estima por la democracia como forma política, en la medida en que este sistema se fundamenta en -pero no únicamente- los votos, entonces muchas veces se da por obvio que el voto/abstencionismo es un asunto de relevancia y merecedor de estudio.

Esta falta de reflexión sobre la relevancia o no del voto tiene dos puntos en su contra. En primer lugar, fuera del grupo social de intelectuales-académicos, la democracia no siempre es tan apreciada, instrumentos como el latinobarómetro dan cuenta de cómo este sistema político no es tan querido en otras clases sociales (Schedler y Sarsfield 2009), para quienes quizá la proporción de abstencionistas/votantes no resulte tan importante. Para no obviar el tema, se hace a continuación una revisión histórica que

justifica la importancia actual del voto en México, ya sea que se defienda ideológicamente a la democracia o no.

Además de lo anterior, la votación (aun nutrida y honesta) no es indicador inequívoco de democracia, pues puede presentarse y cumplir ciertas funciones en otros sistemas políticos. Aun suponiendo unas instituciones electorales confiables y honestas, una votación abultada puede dar legitimidad a un régimen totalitario y poco democrático. Este punto es sostenido en el clásico trabajo de Sartori (1993) sobre la democracia, donde muestra el rol que la votación puede jugar en otros sistemas políticos. En este mismo tenor, Bobio (1986) y Dahl (1971) dan cuenta de cómo la mera votación no es sinónimo de democracia, pues varios elementos adicionales son necesarios para llegar a este sistema político.

Entonces pues, la participación electoral no es algo que sea siempre relevante en todo contexto. Entonces pues, antes de comenzar la discusión teórica y de discutir nuevos derroteros explicativos, conviene precisar la relevancia del tema.

El nivel de participación electoral puede ser bueno o malo, pero también puede ser irrelevante. Cuando un país posee una democracia consolidada, el voto es importante en la medida en que es un vínculo de retroalimentación entre los grupos que aspiran al gobierno y la sociedad gobernada, sin embargo, México difícilmente puede pensarse como una democracia consolidada y ciertamente no lo fue por mucho tiempo.

Por muchas décadas, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) fue el partido hegemónico en el país, por lo que los avatares de la política nacional pasaban más por su interior que por el resultado de las elecciones:

“Cuando había un partido claramente dominante y los otros estaban subordinados a éste, sin posibilidades de éxito electoral, la lucha por las candidaturas y el acceso al poder se decidían antes de las elecciones, en los círculos informales de la política donde participan los gobernantes y algunos ciudadanos privilegiados (por sus relaciones personales o su poder económico, militar, etcétera). En estas circunstancias, las elecciones se convertían en un ritual de ratificación de un poder previamente asignado.”
(Gomez, 2009:97)

En este contexto, la participación electoral (si no es que la elección completa) tenían un peso relativamente menor. Sin embargo, esta situación cambió, lo que no sólo modificó los grupos en el poder del país, sino también las formas en que dichos grupos acceden a éste, Gómez Tacle (2009) esquematiza estos cambios en 4 etapas:

1.- Hasta 1976; partido hegemónico, aquí habría pocas libertades así como una manipulación de resultados y procesos electorales.

2.- De 1977 hasta 1985; Partido predominante, hay libertades menos limitadas, pero aun se presenta manipulación de resultados electorales, se permiten triunfos municipales de otros partidos así como acceso a la cámara por representación proporcional

3.- 1988 y 1994; este sería el periodo de las transformaciones en la estructura institucional; el descontento por los fraudes electorales así como la presión de la oposición ahora instalada en posiciones clave obligan al gobierno a la creación de un instituto independiente que en lo formal sería capaz de organizar elecciones incluyentes y equitativas.

4.- 1997-2006; Transición con alternancia en la presidencia, en este punto los instrumentos electorales no sólo estarían establecidos, sino que se han ganado la confianza de la ciudadanía, la alternancia presidencial sería muestra de apertura democrática y si bien seguiría habiendo manipulación electoral, ésta estaría en manos de todos los partidos.

En la medida en que la arena electoral es ahora el mecanismo por el que un grupo u otro accede al poder del Estado, dicho espacio adquiere más y más relevancia. Ahora bien, no siempre que hay elecciones se tiene democracia, pero toda democracia conlleva cierto tipo de elecciones. De este modo, en un país cada vez más democrático, las elecciones tienen cada vez más relevancia, pues son el medio por el que los diversos grupos políticos entran y salen del gobierno, además, son fuente de legitimidad para dichos grupos transformados en gobierno y -finalmente- son también legitimación del sistema completo.

En este sentido, vale la pena rescatar la reflexión de Zovatto (2006), quien subraya el valor de voto en una democracia en consolidación. Según el autor, cuando una democracia es joven, es muy sensible a la participación electoral, pues de no haber una participación nutrida, los actores sociales que están empujando hacia la democratización podrían desalentarse y suspender sus esfuerzos, lo que podría llevar a una regresión hacia el autoritarismo.

Entonces pues, se puede defender ideológicamente a la democracia y ver así la importancia del voto, pero en este momento de la historia mexicana, las elecciones son el mecanismo por el que unos grupos acceden al poder y dejan otros fuera, lo que influye en el destino de la población general. Además, siendo México una democracia joven, la participación popular en las urnas es un factor crítico para la consolidación o posible caída del sistema democrático, se puede apoyar o no esta forma de gobierno, pero su consolidación o decaimiento es un fenómeno de alta relevancia social.

Entonces, el fenómeno de la participación es importante en la medida en que tiene un rol crucial en la vida política nacional. Sin embargo, las explicaciones que se han propuesto para este tema tienen importantes deficiencias, lo que representa un llamado a nuevas teorías y visiones.

Como señala Lehr (1981) y Molinar (1985), los estudios sobre lo electoral en México fueron escasos durante el régimen de partido hegemónico. Esta pobreza científica podría deberse a la poca importancia del voto en aquel momento -como ya se dijo antes-, pero también está influida por la dificultad con la que el gobierno proporcionaba datos sobre elecciones y participación ciudadano. Conforme México se volvió democrático y el voto relevante para la circulación de grupos en el poder, se vio un crecimiento en los estudios sobre lo electoral en México; algunos analizaban la participación/abstencionismo mientras que otros se centraron en comprender por quién se votaba.

Molinar Horcasitas (1998) propone que con el crecimiento en los estudios electorales, se gestaron 3 grandes líneas teóricas; los estudios sociológicos, los psicológicos y aquellos que se basan en la teoría de la acción racional. Además de estas corrientes, existen también estudios que son meramente descriptivos, si bien estos trabajos son muy

útiles y relevantes, no aportan una verdadera teoría explicativa, por lo que no son analizados aquí.

Probablemente la corriente más prolífica sobre estudios electorales, es la sociológica, la cual se apoya en trabajos de Lazarsfeld, particularmente en *The people's choice* (1969) y *Mass Communication, Popular Taste, and Organized Social Action* (1948). Esta perspectiva se basa en la idea de que el comportamiento electoral está determinado por el grupo social al que la persona pertenece. Particularmente se hacen las divisiones en función de lo “moderno” que sea el grupo; como dividir a la población entre rural/urbano o clasificarlo en función de su grado de estudios. Reyna (1971) presenta uno de los primeros trabajos con este enfoque, mismo que tiene un atractivo evidente en la medida en que México es un país en vías de desarrollo que parece estar cambiando política, demográfica y socialmente hacia una mayor modernización.

Por otro lado, los estudios con una lógica psicológica no apuntan sus esfuerzos a encontrar relaciones entre el grupo de pertenencia y la conducta electoral, sino a vincular estructuras de personalidad con el comportamiento político. Estos estudios se basan en el clásico trabajo de Almond y Verba, quienes en *The civil culture* (1963) muestran varios tipos de ideologías que determinan la postura y acción política de los sujetos.

Esta corriente tiene uno de sus pioneros en Rafael Segovia, cuyo libro *La politización del niño mexicano* (1975) explica cómo los niños adquieren una ideología política que luego explica su comportamiento y fundamenta así el sistema político mexicano. Esta rama de explicación es menos común que la sociológica, pero sigue dando productos, como uno de los libros más recientes sobre abstencionismo (Morales, Millán, Ávila y Fernández 2011), donde se busca catalogar a los encuestados como premodernos, modernos y posmodernos, así como encontrar las determinantes que en cada grupo acercan o alejan a la persona del voto.

Finalmente, existe una tercera explicación que es mucho menos común en los trabajos electorales mexicanos, pero que al ser suficientemente distinta de las otras merece mención aparte. Los estudios basados en la teoría de la acción racional se basan en los

estudios de Anthony Downs (1957) quien vislumbra el comportamiento político como una acción económica con la que se busca conseguir objetivos minimizando los costos.

Esta idea ha sido aplicada para tratar de explicar el voto por un partido u otro en función de la búsqueda de beneficios gubernamentales, los trabajos de Barry Ames (1970), Molinar Y Weldon (1994) y de Marcos S. Reyes Santos (1994) son ejemplos de esto y han logrado sus objetivos con diversos grados de éxito.

Sin embargo, cuando se ha intentado utilizar este enfoque para explicar por qué una persona vota o no, se han encontrado importantes dificultades, pues se suele llegar a la conclusión de que las personas no votan (o no deberían racionalmente), lo que contradice la evidente realidad de que miles de personas sí emiten sus sufragios. La decisión de votar o no según la teoría de la acción racional debería estar explicada por una fórmula semejante a esta; Ganancia de la votación (probabilidad de que se vote) = ((probabilidad de que el voto decida la elección) X (diferencia entre un candidato y otro)) - (costo de votar) + (deber moral del voto). El problema con este postulado es que la probabilidad de que el voto particular de la persona decida la elección tiende fuertemente a cero. En la medida en que algunos elementos tienden a cero, la decisión parece reducirse a la fuerza del deber moral del voto, si se sigue esta línea de pensamiento, rápidamente se llega a la postura psicológica, pero si se insiste en la fórmula completa, los valores que tienden a cero deberían llevar a las personas a abstenerse siempre. Estas dificultades teóricas parecen ser la causa de que la teoría de la acción racional casi no fundamente estudios sobre abstencionismo electoral en México.

Entonces pues, las principales explicaciones sobre por qué los mexicanos votan o se abstienen parecen provenir del enfoque sociológico y del psicológico. Generalmente se entienden ambos enfoques como dos corrientes más o menos contrapuestas, sin embargo, es más lo que comparten que lo que los separa.

En primer lugar es sencillo pensar que el origen social determinará la ideología, es decir, variables de pertenencia social como la clase, nivel educativo o lugar de origen deberían determinar la ideología política de los ahí socializados. Esto tiene su claro correlato en las corrientes recientes de la teoría sociológica que intentan vincular estructura y sujetos. En esta línea, se pueden citar trabajos como los de Giddens (2011)

o de Archer (2000), quienes intentan construir teorías que den cuenta tanto de la individualidad como de la estructura.

Más allá de la probable relación entre el grupo social y la ideología política, el enfoque sociológico y el psicológico comparten para el caso mexicano la teoría de la modernización, que es la fuente principal de estudios con fundamento empírico sobre abstencionismo en México. Probablemente el principal vínculo entre los estudios psicológicos y los sociológicos, es que ambos parten de una explicación basada en la idea de que México transita de una condición premoderna hacia una modernidad, dicho tránsito habría de cambiar escenarios tradicionalistas, rurales y de instituciones verticales y cacicazgos por un ambiente urbano de ciudadanos modernos y políticamente participativos en un sistema democrático.

Esta idea tiene mucho atractivo en principio, pues los estudios sobre lo electoral surgen conforme México deja atrás la estructura de un partido hegemónico para volverse más y más democrático. En este sentido, el grueso de los trabajos sobre abstencionismo intentan mostrar cómo entre más moderna sea la persona (en su ideología o por su grupo de pertenencia) más tendería a votar. La teoría tiene su encanto para un contexto de transición a la democracia, pero constantemente ha dado señales ambiguas; algunos estudios confirman la hipótesis, pero otros generan datos que la contradicen.

Así por ejemplo, Holzer (2007) propone que el abstencionismo estaría relacionado con la clase e intenta probarlo con la encuesta mundial de valores 1995 y 2000, aparentemente encuentra en ella soporte empírico para su hipótesis, pero en la elección 2000 y 2003 no se encuentra una relación clara entre clase social y participación electoral.

A nivel internacional, la teoría de la modernización tampoco arroja resultados muy claros, pues como Sonnleitner (2007) señala, sí se puede encontrar una relación positiva entre el nivel de modernización de los países y su participación electoral, sin embargo, en naciones específicas como El Salvador y Guatemala, no se encuentra ninguna relación entre desarrollo y abstencionismo, incluso hay casos como Honduras, en los cuales sí hay una relación entre estas variables, pero las regiones más desarrolladas son las que menos votan. De este modo, “Mientras que en la literatura extranjera se asume

como válida la hipótesis de que los países más ricos tienen tasas de participación más alta que los más pobres, pues existe evidencia empírica de ello, los análisis realizados en México sobre este tema no generan evidencia suficiente para probar ni desaprobar esa hipótesis” (Morales, Millán, Ávila y Fernández 2011:25).

El desencanto como explicación

Entonces pues, la principal teoría que aspira a explicar el abstencionismo presenta importantes fallas al no superar todas las pruebas empíricas a las que se le somete. Esto más que ser una crítica desalentadora, es tomado aquí como un llamado a encontrar nuevas determinantes y nuevas explicaciones: Si el abstencionismo no parece explicarse satisfactoriamente con la idea de que los mexicanos se modernizan y votan más, ¿qué más podría explicarlo? ¿Qué otros fenómenos podrían estar detrás de la decisión de votar o no hacerlo? Este trabajo se concentra en una de las apuestas más fuertes en la búsqueda de nuevas explicaciones; el desencanto político.

La idea de “desafección” o “desencanto” generalmente describe un sentimiento de desmovilización, inconformidad y desasosiego que puede seguir a un movimiento que ha logrado muchos de sus objetivos. Así por ejemplo, se puede hablar de desencanto de la Unión Europea cuando después de la emoción por su formación, se comienzan a encontrar problemas con ésta. Para el caso mexicano, se habla principalmente de desencanto en relación a la democracia y el sistema de partidos; la sociedad que se movilizó para conseguir una institución electoral confiable y una alternancia en el poder, ahora no parece encontrar resultados satisfactorios en los nuevos gobiernos, lo que genera un desencanto de las instituciones políticas y democráticas.

Tan pronto como en el año 2003 aparece ya un artículo de Juan Mora H y Raúl Rodríguez G (2003) que comienza a hablar del desencanto como una posible fuente de abstencionismo electoral. En este trabajo, se muestra cómo la elección 2003 tiene una participación particularmente baja y si bien se reconoce que todas las elecciones intermedias (no presidenciales) tienen participaciones bajas, se sugiere también que el mal desempeño gubernamental de Fox estaría causando la aguda baja en la participación electoral.

A dicho trabajo le seguirían muchos más, Bruno Lutz en 2005 realiza dos trabajos sobre el tema (Lutz 2005, 2005a). Jorge Alonso (2010) presenta también reflexiones sobre el particular. Más recientemente, López Sánchez (2013) presenta una hipótesis semejante, pero apoyándola en posturas posmodernas. Destaca también la tesis de Francisco Ricardo Mijares (2006) publicada por el Instituto Electoral de Estado de México, quien no sólo vincula causalmente el desencanto y el abstencionismo, sino que presenta a este último como la “principal causa” del abstencionismo en México.

De este modo, no es novedoso plantear al desencanto como posible causa del abstencionismo en México, sin embargo, hay dos importantes huecos en dicha argumentación que la reducen a una vaga hipótesis. En primer lugar, no hay evidencia empírica que permita afirmar dicha conexión, en segundo, el mecanismo que vincula abstencionismo y desencanto generalmente no está especificado ni es obvio.

Sobre el primer punto, la mayoría de los trabajos presenta una argumentación de muy buena calidad, pero no logran ofrecer un sustento objetivo que sólidamente apoye sus conclusiones. Por ejemplo, el artículo pionero antes descrito sugiere que la baja participación en la elección 2003 puede deberse al desencanto alrededor del gobierno de Fox, se muestra cómo hay insatisfacción creciente con el gobierno panista y cómo efectivamente la elección 2003 tiene poca participación, pero la concordancia cronológica de dos fenómenos difícilmente puede considerarse prueba suficiente de un vínculo causal. No se analiza si quizá otros fenómenos que también tuvieron lugar antes del 2003 podrían ser también causa del abstencionismo, por sólo mencionar un ejemplo, en el año 2002 México fue muy afectado por huracanes y tormentas tropicales, igualmente, casi un año antes de la elección, el papa había visitado el país. Así como se puede mostrar que el desencanto subió cuando bajó la participación, también se podrían señalar otros fenómenos que fluctuaron en esas fechas sin que se demuestre así un vínculo causal. El estudio mencionado no realiza un trabajo de campo ex profeso que habría de dar solidez al argumento, por ejemplo, una encuesta que muestre cómo los que menos satisfechos están con el gobierno de Fox son también los que más se abstuvieron.

Generalmente cuando se trata de vincular el abstencionismo con el desencanto se recurre a evidencias empíricas débiles que dejan esa relación en calidad de hipótesis, lo que algunos autores como Lutz reconocen abiertamente. Es muy útil que se presenten

hipótesis sobre abstencionismo, tema que como se describió no posee una teoría que satisfactoriamente lo explique, sin embargo, una hipótesis no es suficiente; toda idea que pretenda tener validez científica debe sobrepasar la prueba empírica que nos permitirá saber si es sólo una buena idea o si la realidad política del país efectivamente funciona como se expresó.

Cabe señalar que en otros países el escenario es muy distinto. Por ejemplo, en Estados Unidos se cuenta con encuestas que específicamente buscan probar la relación desencanto-abstencionismo, dichos esfuerzos incluso son muy viejos, iniciando en la década de los 50s, tales investigaciones -por cierto- hablan de una ausencia de relación entre las variables (Miller, 1980), incluso en Sudamérica hay trabajos que tienen una evidencia empírica sólida aunque estén acotados a poblaciones específicas (Valencia, 2010).

De este modo, en México se ha propuesto el desencanto como fuente de abstencionismo, pero no hay evidencia empírica suficiente para esta afirmación. Además de este problema, los mecanismos que unen el desencanto y la participación electoral son muy poco claros.

En primer lugar hay que señalar que no es obvia la relación desencanto-abstencionismo. Es relativamente sencillo pensar que una persona harta del gobierno y de la política quiera renunciar a todo el asunto, sin embargo, también se puede imaginar a una persona que por estar harta de su situación actual busque más activamente un cambio. Por ejemplo, cuando en México se da la alternancia en el año 2000, parte del triunfo de Fox puede adjudicarse a su carisma o campaña, pero también hubo mucho voto de castigo; las personas estaban muy inconformes con el PRI, por lo que votaron por su oposición, nótese cómo un sentimiento de hartazgo y malestar en lugar de provocar abstencionismo lleva a las personas a votar. Algo muy diferente se puede imaginar tras el fraude electoral de 1988. Si las personas perciben un fraude en la elección, quizá ya no quieran votar, pues su sufragio no tendrá relevancia; ahí la inconformidad sí se traduce en menos votos.

Entonces, no hay una vinculación causal obvia entre desencanto y abstencionismo y siendo esto así, es necesario saber con precisión los mecanismos que llevan a una

persona a no votar porque está desencantada. Este es el segundo gran hueco en la hipótesis del desencanto y la participación, pues no suele ser muy claro cómo es que una persona deja de votar por estar inconforme con su gobierno.

Hay quizá una excepción a esto en el trabajo de López Sánchez (2013), pues ahí se apela a la teoría de la posmodernidad, según la cual no hay un retraimiento específicamente electoral, sino que con la llegada de la posmodernidad, el sujeto se aliena; se aísla de todas las instituciones sociales, lo que además de separarlo de la religión, la familia y otras agrupaciones, lo aleja también de la política, por lo que deja de votar. Según esta idea, lo que sucede es que las personas dejan de tener interés en las cosas públicas, por lo que al no tener incumbencia en la vida pública, dejan de votar.

Frente a esta postura se levantan pensadores que sugieren que no hay un desinterés generalizado de la política, sino que las personas dejan de ver al voto como una manera de participar en la política. Autores como Jorge Alonso (2010) se encuentra en esta postura y suelen mirar al voto nulo como un síntoma de una sociedad que quiere participar, pero no lo concreta en un sentido electoral. Esta idea se contrapone a la hipótesis posmoderna, pero infortunadamente no presenta un mecanismo claro, pues no especifica claramente cómo y por qué es que las personas dejan de ver a lo electoral como una forma de participación electoral aceptable.

Como se ha mostrado, el análisis del abstencionismo es un asunto relevante, pero casi siempre se le ha abordado con la teoría de la modernización, se ha propuesto al desencanto como una nueva posible causa, pero no queda claro cuál es su mecanismo ni hay evidencia empírica que específicamente haya intentado probar tal vínculo causal.

Las entrevistas

Para contribuir en esta problemática, se realizaron entrevistas a profundidad que intentaban explorar la relación entre desencanto y abstencionismo. En total se realizaron 10 entrevistas en la ciudad de Querétaro entre el primero y el 20 de julio de 2015. Las entrevistas fueron semiestructuradas, centradas en el tema del desencanto y la participación electoral, pero permitiendo que las personas se expresaran en sus propios términos. Con relación a la elección más reciente, se encontraron 6 abstencionistas y 4

personas que sí participaron, lo que refleja con sorprendente precisión los niveles regulares de abstencionismo en México.

Una de las ventajas del método cualitativo en ciencia social es la posibilidad de captar los términos de los informantes antes que imponer los propios. Esto fue muy útil en este caso, pues ninguno de los informantes mencionó instituciones, siempre se dirigían pensamientos y sentimientos a personas particulares. Quizá el primer hallazgo surgido de las entrevistas fue el hecho de que los mexicanos no visualizan instituciones ni partidos; nadie dijo estar inconforme con “el PRI” o decepcionarse del trabajo de “la presidencia”, siempre se hablaba de las personas particulares. Esto no significa que los partidos instituidos sean irrelevantes, pues algo de la imagen que la gente tiene de las personas depende del partido al que pertenecen, sin embargo, los sentimientos y reflexiones siempre están apuntadas a personas.

El otro hallazgo que inmediatamente saltó a la vista es el alto nivel de desencanto que la ciudadanía manifiesta hacia “los políticos”, como los entrevistados sólo veían personas, nunca hablaron de “el gobierno” o “los partidos”, sino de “los políticos”, a quienes veían casi siempre como personas corruptas, poco éticas y sin interés ni compromiso por el bien común, de hecho, sólo una entrevistada habló bien de un gobernador particular, prácticamente todos los demás “políticos” mencionados fueron tachados de corruptos y malos gobernantes.

Conforme se buscó la vinculación entre desencanto y abstencionismo, resultó evidente que la teoría posmoderna no parece explicar la postura de los informantes, pues de los 6 informantes que no votaron en la última elección sólo uno parecía mostrar apatía por los temas de política y vida pública. De hecho, el informante que mostró mayor intensidad en sus sentimientos hacia “los políticos” es un abstencionista que no parece que vaya a votar nunca más.

En lugar de encontrar personas que por apatía generalizada dejan de votar, las entrevistas mostraron sujetos interesados en el bien de la comunidad, pero convencidos de que sus intereses no eran los de los políticos:

“-Yo prefiero no votar, no votar, así, yo la verdad, a darles más crédito, a, a los funcionarios para que entren a la gubernatura, a la presidencia, no, para mí, yo prefiero no votar y prefiero tirar el voto”

Es evidente que esta informante no es indiferente a la vida pública, manifiesta una opinión muy clara respecto a lo que los políticos hacen, pero además, tiene una reacción muy fuerte respecto a ello. Entonces, no hay aquí la supuesta indiferencia hacia la vida pública, sino más bien un interés que no es encausado hacia las urnas. Pero estos hallazgos no sólo contradicen a la idea posmoderna, sino que plantean un mecanismo distinto. Cuando se habla de que la voluntad ciudadana no encuentra una forma de expresarse en la urnas, no se aclara mucho respecto a cómo sucede eso; el señalar que un fenómeno no está pasando hace poco para explicar por qué no sucede tal cosa.

Afortunadamente, las entrevistas no sólo mostraron ciudadanos altamente comprometidos con su país y con muy mala imagen de su clase política, sino que también explican por qué la gente prefiere no votar. El primer elemento en esta explicación es el hecho de que las personas ven al voto como un acto de confianza. En general, la gente sabe que los políticos electos tendrán una posición clave para el futuro de un México que les preocupa, por lo que cuando votan, sienten que le están encargando el destino de algo valioso a alguien, lo que sólo se hace cuando se confía en ese alguien:

“-Es el voto de confianza y muchas de las veces, se rompe”

“-Me provocaba coraje, o sea, uno confiaba en ellos y no lo hacen, no desempeñan bien sus cargos”

“-Ah ¡por su puesto!, si votas por él es porque estás confiando”

De este modo, más que ver personas retraídas de la vida pública, lo que se atestigua aquí son ciudadanos que valoran a su país, por lo que no están cómodos dejándolos en manos de políticos en quienes no confían. Esta combinación de factores provoca la curiosa paradoja en la que los mejores ciudadanos; aquellos que más fervientemente se preocupan por su nación, son los que menos querrán votar; ante una mala clase política, ningún buen ciudadano apoyará a los malos políticos que harán mal al país, pues eso los

haría ser también responsables de este mal. Todo esto termina en la obligación cívica de no apoyar con un voto a quienes harán el mal al país:

“-No, (votar) es darles más poder, darles más poder para que vayan arriba y manos a la obra y todos sus costalitos llenos”

“¿Que va a ver votación? ¡Que las haya!, yo me moriré y no iré a votar, no tiene caso. Que otros los hagan subir, yo no”

Entonces pues, como se sabe (sea o no cierto) que los políticos son malos, no se les quiere apoyar con un voto. De votar por un mal político, se es co-responsable de todo el infortunio que traerá al país:

“Decepcionado, te sientes parte de esa gente que, te sientes parte de ellos, ¿No? De alguna manera, pues estabas, pensabas ¿no? Que estabas en la misma sintonía con ellos que por eso fue por lo que votaste y al estar así, pues, sientes que apoyaste todo eso malo que hicieron después”

Como nadie quiere sentir que apoyó aquel mal que traen los políticos, no se quiere votar en las elecciones. Otra confirmación de esta idea está en el discurso de quienes sí votan; ellos sí consideraban que había políticos buenos o al menos que algunos eran “menos malos”. Esta idea también se encontró de manera contrafáctica, cuando se les preguntaba a los abstencionistas qué los haría votar:

“(volvería a votar) Cuando yo vea que los políticos realmente hacen algo por su país”

“Mira, sí (es importante votar), pero no por estos políticos, si hubiera otro tipo de políticos, otro tipo de personas, pero siempre son los mismos”

“Pues depende de qué es lo que proponga, qué tal si ese sí”

“Pues a la mejor que salga alguien y diga, pues este sí es el bueno”

Como se menciona arriba, los votantes sí suelen tener una visión menos negativa de los políticos, pero otro hallazgo de las entrevistas, fue cierto mecanismo que les permite ser “inmune” a la baja calidad de los políticos:

“Tal vez es mi conciencia ciudadana, sí, sí, finalmente yo tengo la decisión de decir si es fulano o zutano, yo, yo, ya lo que los otros decidan lo que ellos quieran”

“(al votar) al menos yo siento que estoy cumpliendo con mi parte como ciudadana”

Recuperando el argumento de los abstencionistas; hay una buena voluntad hacia el país y los asuntos públicos, por otro lado, cuando se vota se siente que se está siendo solidario con el político, como no se confía en los políticos, no se vota por ellos para no ser parte ni cómplice de la maldad que traerán al país. Ahora bien, quienes sí votan parecen tener mejor imagen de los políticos, pero también un mecanismo según el cual, ellos no van a dejar de actuar por el bien de México, por lo que hacen su parte; votan por la mejor opción o al menos por la menos mala. En la medida en que los votantes ya cumplieron con su parte, ya no pueden ser responsables de los males del país, pues no votaron por quien prometió la ruina de México, así que si el gobernante es malo, será culpa del político, no del votante:

“Digo, finalmente, uno aunque muchas veces no es lo que uno espera, este, no puede uno dejar de tomar decisiones”

“Pues en parte bien porque creí en alguien, que había prometido algo, algo nuevo, algo mejor para el país y en parte decepcionado porque todo lo que dijo no lo cumplió, entonces, culpa mía no es”

Quien se siente solidario con el político por el que vota y sabe que los políticos harán mal su trabajo, prefiere no votar para no ser parte de ese mal. Por otro lado, quien sí vota puede saber que los políticos son malos, pero deja que sean éstos lo que le fallan a México, pues el votante ya hizo su parte al elegir al político “menos malo”.

Entonces pues, las entrevistas muestran un mecanismo claro que vincula el abstencionismo con el desencanto y es una hipótesis de dos etapas: Se parte de que las personas quieren el bien para México y la sociedad en general, ahora bien, si ven a un candidato que creen que traerá prosperidad y bienestar al país, votan por él sin mayor problema. Sin embargo, si creen que todos los políticos son malos y traerán problemas a México, entonces hay dos posibilidades; o se abstienen para no ser parte de las desgracias que traerá el político en cuestión o se atomizan y votan para cumplir su deber

ciudadano y desentenderse de las consecuencias de su voto, mismas que ya pasan a ser responsabilidad del político que debe hacer su parte como el elector hizo ya la suya.

Quedan a sólo dos elementos importantes en este trabajo; por un lado, cada postura merece cierta reflexión, por otro, hay que explicar que estas conclusiones se dejan a modo de hipótesis y en espera de una prueba confirmatoria diferente a los datos con los que fue generado este esquema.

Al pensar sobre cada una de las posturas, lo más visible es que en general se parte de una buena voluntad de los ciudadanos, pero hay también una sensación de lucha perdida. Cuando las personas llegan a creer que un político hará el bien a su país no tienen reparo en votar, pero cuando no es así, se enfrentan a una dicotomía marcada por una lucha perdida; ¿Qué hacer cuando se enfrenta una derrota? Dos posibilidades surgen; abandonar la empresa o encerrarse en sí mismos.

Cuando no se encuentran opciones aceptables entre los candidatos a un puesto, una primera postura es simplemente rendirse y salir del sistema; quien no vota, no se siente parte de un sistema que se sabe corrupto, por lo que no tiene culpa. Esta postura es comprensible, pero no deja de significar un abandono; una renuncia de la empresa que es el país.

Por otro lado, quienes se mantienen dentro de las instituciones habrán de desoír las consecuencias de sus propias acciones. Entonces pues, quienes siguen votando, lo hacen con algo de necesidad, pues saben que los políticos serán malos gobernantes, pero no quieren que eso impida que ellos hagan su parte. Las personas siguen votando con la mejor fe, pero al sentir que cumplen con su parte, se desentienden de su propia elección.

Quizá una buena metáfora para este caso es la de un barco comandado por un mal capitán; los subordinados quieren el bien de la embarcación, pero su capitán no, entonces hay dos posibilidades; pueden abandonar; no estarían cooperando con el capitán y no harían nada que empeore la condición de la nave, pero tampoco están haciendo nada que ayude a la embarcación. La otra opción es mantenerse en su puesto; ahora las personas sí están cumpliendo su papel, hacen lo que les corresponde por el bien de la nave y eso los exonera, pero al seguir a un mal capitán, saben que sus

acciones efectivamente están llevando al barco a su perdición. La elección no es simple, no se puede condenar fácilmente a ninguna de las posturas pero ninguna de ellas ayuda a mejorar la situación del país.

Finalmente, esta información se queda aquí como una hipótesis porque se siguió una lógica únicamente inductiva, por lo que se necesita todavía una prueba independiente. Este estudio indaga en una relación que no tenía ningún apoyo empírico específico, era más una coyuntura que una idea establecida, en este sentido las entrevistas cualitativas no sólo ayudan a aclarar el mecanismo desencanto-abstencionismo, sino que también lo prueban. Sin embargo, se generó aquí un mecanismo nuevo entre las variables que no tiene antecedente en estudios anteriores; dicho mecanismo además de ser un importante hallazgo en el tema es también una hipótesis que debe ser puesta a prueba con datos ajenos a aquellos de los que fue deducida, pues en una lógica refutacionista, aún no se le ha dado una oportunidad a los datos empíricos para que nieguen la hipótesis, por lo que ésta queda como hipótesis, más que como un conocimiento sólidamente establecido.

Bibliografía.

- Almond, G., & Verba, S. (1963). *The civil Culture*. Princeton, NY: Sage publications.
- Archer, M. (2000). *Being human; the problem of agency*. Cambridge, NY: Cambridge University press.
- Alonso J. (2010) El movimiento anulista en 2009 y la abstención. *Espiral*. 16(47). 9-46
- Bobbio, N. (1986). *El futuro de la democracia*. México, DF: Fondo de Cultura Económica.
- Dahl, R. (1971). *Polyarchy Participation and Opposition*. New Haven-London: Yale University.
- Downs, A. (1957). *An economic theory of democracy*. New York NY:
- Giddens, A. (2011). *La constitución de la sociedad: Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gómez Tagle, S. (2009). ¿Cuántos votos necesita la democracia? México: Instituto Federal Electoral.
- Holzner, C. (2007). Voz y voto: participación política y calidad de la democracia en México. *América latina Hoy*, 45, 69-87.

- Lazarsfeld, P. F., & Merton K. R. (1948). Mass Communication, Popular Taste, and Organized Social Action. En Bryson L. (Ed.), *The Communication of Ideas* (95-118). New York, NY: Harper.
- Lazarsfeld, P. F. (1969). *The people's choice :how the voter makes up his mind in a presidential campaign*. New York, NY: Columbia University press.
- Lehr G. V. (1981). La problemática de la estadística electoral mexicana. En Steger H., & Schneider J. (Eds), *Economía y conciencia social en México* (421-440). México, DF:UNAM.
- Lopez S. E. (2006) Reflexiones sobre el desencanto democrático. El caso de los partidos políticos y los jóvenes en la ciudad de México. *Sociológica*. 21(61) 95-133
- Lutz B. (2005) La participación electoral inconclusa: abstencionismo y votación nula en México. *Revista Mexicana de Sociología*. 2005(4), 793-826
- Lutz B. (2005a) El palimpsesto del abstencionismo electoral en México o la democracia a prueba. *Espacios públicos*. 8(15), 51-76
- Mijares, F. R. (2006) Desafección política; principal causas del abstencionismo electoral en México. *Apuntes Electorales*, 5(23). 7-70.
- Millar N. R. (1980) A New Solution Set for Tournaments and Majority Voting: Further Graph- Theoretical Approaches to the Theory of Voting. *American Journal of Political Science*. 24(1). 68-96.
- Molinar J. (1985). Elecciones mexicanas, ¿qué sabemos? *Estudios políticos. Nueva época*, 4(1), 26-40.
- Molinar, J., & Weldon, J. (1994). Programa Nacional de Solidaridad; determinantes partidistas y consecuencias electorales. *Revista Mexicana de Sociología*, 52(4), 229-262.
- Molinar, J., & Vergara T. R. (1998) Los estudios sobre el elector mexicano. Cuatro enfoques de análisis electoral en México. En Serrano F. (Ed.), *Homenaje a Rafael Segovia* (211-251). México, DF: FCE-Conacyt-El Colegio de México.
- Morales, G. M. G., Millán, V. H., Ávila-Eggleton, M., & Fernández G. L. A. (2011). *Participación y abstencionismo electoral en México*. México: Instituto Federal Electoral.
- Reyes S. M. (1994). Gestión pública y legitimidad política en Baja California Sur. *Gestión Pública y Política pública*, 3(2), 367-397.

- Reyna, J. L. (1971). An empirical analysis of political mobilization: the case of Mexico (tesis doctoral sin publicar). Cornell University, Ithaca.
- Riker, W., & Ordeshook, P. (1968). A Theory of the Calculus of Voting. *American Political Science Review*, 62(1), 25-42.
- Rodríguez G. R. (2003). Las elecciones intermedias del 2003: entre el desencanto político y la crisis de representación. *El Cotidiano*, 19(122), 55-65.
- Sartori, G. (1993). *¿Qué es la democracia?* México, DF: Taurus.
- Schedler A., & Sarsfield, R. (2009). Demócratas iliberales; configuraciones contradictorias de apoyo a la democracia en México. *Espiral*, 15(44), 123-159.
- Segovia, R. (1975). *La politización del niño mexicano*. México, DF: El Colegio de México.
- Sonnleitner, W. (2007). Participación electoral y desarrollo humano: apuntes metodológicos para el análisis territorial y multidimensional del voto en México y Centroamérica. *Estudios Sociológicos*, 25(75), 813-835.
- Valencia A. (2010). Abstencionismo: ¿por qué no votan los jóvenes universitarios? *Revista Virtual Universidad Católica del Norte*. 31. 363-387
- Zovatto, D. (2006). La participación electoral en América Latina: tendencias y perspectivas. En TEPJF (Ed.), *Cultura democrática: abstencionismo y participación. Memoria del IV Congreso internacional de derecho electoral* (321-357). México: TEPJF.